

Desarrollamientos feministas para una teoría alternativa del poder

Feminist developments for an alternative theory of power

Zurbriggen, Sofía*

sofiaz972@gmail.com

Enviado para su publicación: 16/05/2021

Aceptado para su publicación: 01/07/2021

El estudio de los movimientos sociales se caracteriza -entre otras cosas- por la complejidad que suscita la división analítica entre práctica y teoría. La acción colectiva no siempre entra en el corset teórico que la intenta describir o explicar. Sin embargo, la necesidad de explicitación es recurrente en tanto que los movimientos funcionan como catalizadores que ponen de manifiesto las limitaciones del sistema político para dirimir los conflictos sociales. Al problematizar la falta de legitimidad de algunos mecanismos democráticos y al cuestionar las resoluciones que se presentan desde los parámetros institucionalizados¹; los movimientos sociales abren la posibilidad de desarrollar otras formas de hacer política y promueven prácticas democráticas alternativas a las convencionales.

Ahora bien, no todos los movimientos se desenvuelven de la misma manera. En el caso de los feminismos, la metáfora no es banal: cual marea que sube por la atracción de la Luna, avanzan con fuerza de maremoto buscando revolucionar

* Licenciada en Filosofía por la UNC. Doctoranda en Estudios Sociales de América Latina por el CEA.

¹ Flórez-Flórez, J. (2002) Una aproximación a la dimensión del disenso de los movimientos sociales: la implosión de la identidad étnica en la red "Proceso de Comunidades Negras" de Colombia. *Informe final del concurso: Movimientos sociales y nuevos conflictos en América Latina y el Caribe*. Programa Regional de Becas CLACSO.

cada espacio del planeta. La fuerza gravitacional que hoy los impulsa es la continua injusticia, la desigualdad del sistema patriarcal y los cuerpos que hoy gritan BASTA. Las múltiples crisis que afectan actualmente a la región y al mundo se ven recrudecidas si se enfoca la mirada en la vida de los cuerpos feminizados y sus comunidades.

En el libro "La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo"² Verónica Gago asume el desafío de problematizar la actual reivindicación de los feminismos. Con un ejercicio de pensar *situado*, nos comparte una serie de cuestiones que conforman la trama del texto y produce un diagnóstico que funciona como caja de resonancia de la conflictividad. Y hace de este proceso no sólo un momento de denuncia sino también de programación.

Podría tratarse de un nuevo libro sobre el feminismo o sobre la novedad de este movimiento social. Sin embargo, este escrito es algo más que eso. Presenta una teoría alternativa del poder, aportando herramientas para pensar las reconfiguraciones que el mismo adopta en la actualidad y cómo los feminismos son actores principales en este devenir. Situada dentro de la dinámica organizativa del movimiento, Gago expone un registro en vivo de discusiones, asambleas, conversaciones y debates que, a medida que avanza el libro, se anuda con preocupaciones políticas y teóricas dando cuerpo a una investigación militante.

Este lugar de enunciación feminista, acuerpado, parcial y en constante proceso gracias al calor del movimiento, desafía la espacialidad y trama un transnacionalismo que se destaca por conjugar masividad y radicalidad. Gago sostiene que sería imposible reflexionar sobre este proceso sin el efecto que genera la huelga. Propone pensarla como un lente para leer en un sentido analítico y práctico. En sentido analítico la huelga permite producir un diagnóstico sobre la precariedad desde el punto de vista de las estrategias para resistir y politiza el sufrimiento. En el sentido práctico alude a la redefinición de una forma de lucha en un momento histórico nuevo. Contra el estrecho modelo de los

² Gago, M. V. (2019) *La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo*, Tinta Limón, ISBN: 978-987-3687-55-6, Buenos Aires.

sujetos políticos, los feminismos expanden los lenguajes y las geografías. A través del paro han logrado construir transversalidad entre cuerpos, conflictos y territorios radicalmente diferentes.

En ocho capítulos la investigadora da forma a una especie de filigrana que anuda distintos puntos de esta potencia feminista que se reconoce tal en tanto reivindica la indeterminación de lo que se puede. Como bien lo dice ella: “no sabemos lo que podemos hasta que experimentamos el desplazamiento de los límites que nos hicieron creer y obedecer” (p. 9).

Considero oportuno dar cuenta en detalle de cada capítulo ya que son hilos que componen un tejido, una bandera, un pañuelo, un lazo de esta lucha transversal que entró en resonancia con múltiples conflictos que se dieron en la región y el mundo. La versatilidad del movimiento en la actualidad permite que el mismo se nutra de distintos aportes y, a su vez, éste establezca conexiones con otras luchas en pos de superar la explotación y el extractivismo sobre los cuerpos-territorios.

En el primer capítulo, Gago habla de la huelga feminista como lugar a partir del cual construir teoría política. Propone pensar al paro como una nueva cartografía práctica de la política feminista que en esta época toma masivamente las calles. Mediante el paro el feminismo se hace cargo de la redefinición de trabajo y, por tanto, de la noción misma de clase. Al evidenciar la heterogeneidad de tareas que no son reconocidas, pero producen valor y al exponer la jerarquización y división que hace el salario entre trabajadorxs y desocupadxs; el paro feminista muestra las jerarquías y el encubrimiento que aquellas categorías promueven. La lucha es por incluir a quienes quedan marginadxs por no poseer un salario. La clase, antaño incentivo de múltiples movilizaciones, hoy invisibiliza a aquellxs que no entran en sus estrechas categorías. Desde la huelga se busca narrar y conceptualizar colectivamente como modo de desmontar los orígenes del lugar secundarizado y contar otras historias.

En el capítulo dos, la pregunta-guía es aquella que se reproduce en loop cada día, en cada nueva movilización: “¿por qué matan a los cuerpos feminizados?”. Escapando a la contabilidad necropolítica de la muerte, Gago busca

reconceptualizar la violencia machista. La pluralización de las violencias permite un desplazamiento de la figura totalizante de la víctima. Al conectar las violencias mediante el paro, queda expuesta la dinámica que las interrelaciona y se hace posible denunciar la segmentación que produce el sistema al enclaustrar en casillas aisladas. De esta manera es posible salirse del lugar de puras víctimas para inaugurar una palabra política que no sólo denuncie la violencia contra el cuerpo feminizado, sino también la violencia que se ejerce desde el plano institucional, económico, laboral, colonial. Al comprender de manera arraigada las múltiples violencias, se produce entonces un cuestionamiento situado y transversal de las mismas que, como dice la autora, cartografía las violencias desde su conexión orgánica sin perder de vista la singularidad de cómo se produce el nexo entre cada una. A su vez, de esta comprensión se desprende la pregunta por los modos de impartir justicia desde el feminismo. ¿Qué justicia ante esta violencia? Sin dudas la cuestión por una justicia feminista recorre este capítulo.

A partir de Silvia Federici y Suely Rolnik, Gago explica que la guerra contra las mujeres y sus formas de saber-poder es la condición de posibilidad de inicio del capitalismo. Esta guerra es contra los personajes femeninos y feminizados que hacen del saber del cuerpo un poder. Contra esto se ha hecho una guerra de dimensiones coloniales, en tanto hay una apropiación de los cuerpos y sus saberes que Rita Segato define como "dueñidad".

A su vez, la categoría de guerra permite correrse de aquellas lecturas patologizantes de la violencia. Esta interpretación conduce a exculpar a las masculinidades violentas argumentando que por detrás hay una patología aislada, algún desvío. Pero el feminismo grita en las calles: "No está enfermo, es un hijo sano del patriarcado".

La idea de guerra contra las mujeres permite a Verónica Gago afirmar que ésta hoy tiene lugar en cuatro escenas que están en la base de los femicidios. Es decir, estas escenas son el sustrato de su producción anterior y tienen entre sí una lógica de conexión que está dada por las finanzas. La hipótesis de la autora es que estas escenas enmarcan una lectura de la violencia del neoliberalismo, en tanto momento actual de acumulación capital, que da cuenta de las medidas de

ajuste estructural pero también del modo en que la explotación se enraíza en la producción de subjetividades compelidas a la precariedad y al mismo tiempo batallando por prosperar en condiciones estructurales de despojo. Las cuatro escenas a las que Gago se refiere son: 1) la implosión de la violencia en los hogares como efecto de la crisis de la figura del varón proveedor, 2) la organización de nuevas violencias como principio de autoridad en los barrios populares a partir de la proliferación de economías ilegales que reponen, bajo otras lógicas, formas de provisión de recursos, 3) la desposesión y el saqueo de tierras y recursos comunes, y 4) la articulación de formas de explotación y extracción de valor que tienen en la financierización de la vida social -y en particular a través del dispositivo de la deuda- su código común. A lo largo de este segundo capítulo, Gago plantea la relación orgánica entre estas cuatro dimensiones para volver a repensar la pregunta inicialmente formulada: "¿por qué matan a los cuerpos feminizados?". De esta manera, la interseccionalidad entre el mapeo del mundo del trabajo desde una perspectiva feminista, la emergencia de una ecología política desde abajo y las luchas por justicia conforman la posibilidad material de una crítica de las violencias actuales. La masividad del paro ha permitido estas conexiones que permiten otras comprensiones. Pensar qué tipo de guerra se desarrolla contra los cuerpos feminizados permite entender el tipo de ofensiva del capital para relanzar su mando. Estar en guerra es un modo de asumir el diagrama de fuerzas y es liberar aquel poder contenido.

En el tercer capítulo, Gago focaliza en el cuerpo-territorio como campo de batalla. Partiendo de la pregunta: "¿En qué sentido el cuerpo de las mujeres puede pensarse como un territorio de conquista?", la autora toma al estudio que realizan María Mies, Veronika Bennholdt-Thomsen y Claudia von Werlhof para entender con ellas a la mujer como colonia y, por ende, al cuerpo femenino como "recurso gratis" del cual el capital explota sin límites. Al evidenciarse esta relación, se vuelve urgente una lectura transnacional que sea empujada desde el movimiento feminista.

La idea-fuerza cuerpo-territorio es un concepto práctico que evidencia cómo la explotación de los territorios comunes, comunitarios (urbanos, suburbanos, campesinos e indígenas), implica violentar el cuerpo de cada quien y el cuerpo colectivo por medio del despojo. Gago reconoce que cuerpo-territorio tiene una hipótesis que opera de fondo y es que las mujeres y las corporalidades disidentes que nutren y se nutren en estas luchas producen y sitúan el cuerpo como territorio extenso: es decir, no como confinamiento de una individualidad, limitado a los bordes del cuerpo propio entendido como "propiedad" respaldado por derechos individuales, sino como materia ampliada, superficie extensa de afectos, trayectorias, recursos y memorias. Esta relación exige que la despatriarcalización sea inescindible de la descolonización.

Una vez más, Gago sostiene que el análisis desde las luchas feministas es lo que hoy permite plantear la simultaneidad de los planos del conflicto social, especialmente en dos sentidos muy precisos: deja entender cómo la extracción opera sobre los cuerpos y los territorios (como captura y explotación) y cómo lo hace contra la cooperación social (como jerarquización y privatización), con niveles cada vez más intensos de violencia.

Por otro lado, desde la idea-fuerza cuerpo-territorio, la investigadora nos propone pensar el debate del aborto. Ella subraya un contagio y una capacidad de conexión de ciertos lenguajes e imágenes de lucha que impregnan realidades muy distintas respecto de aquellas donde surgieron. Con esto remarca "la versatilidad del movimiento feminista para territorializar conceptos en prácticas diversas y, al mismo tiempo, producir experiencias situadas de traducción, reapropiación y enriquecimiento de esos lenguajes e imaginarios. Con esto también quiero dar una imagen concreta de una transversalidad de prácticas que no se homogeniza en un vocabulario único pero que hace proliferar los sentidos de las luchas" (p. 105).

Hay otro pliegue que permite el cuerpo-territorio y es abrir las vetas de exploración del deseo. Desde la consigna "la maternidad será deseada o no será" hasta la reivindicación de la educación sexual integral en la currícula educativa, se profundizaron debates sobre sexualidades, corporalidades, vínculos y afectos que desplazaron la cuestión de modo también radical. Esto permitió incluso

variaciones sobre las consignas del aborto legal: no sólo en el hospital, sino reivindicando las redes autónomas con Las Socorristas, que lo vienen practicando "en cualquier lugar"; no sólo la educación sexual para decidir sino para descubrir; no sólo anticonceptivos para no abortar, sino para disfrutar; y no sólo aborto para no morir, sino para decidir (p. 107).

Por otro lado, Gago agrega otra tesis: el cuerpo que deviene territorio es la espacialidad contrapuesta al encierro doméstico. Porque el cuerpo que deviene territorio es el que fuga del contorno individual (y por lo tanto del contrato como lazo político privilegiado), de la ciudadanía siempre escamoteada, de la explotación siempre oculta como servicio natural. Por eso, "el cuerpo-territorio impulsa la invención de otros <<territorios existenciales>>, para citar la fórmula de Félix Guattari" (p.108).

Con esta nueva forma de construir política se pasa el umbral de la representación y queda en evidencia que lo que se sostiene a espaldas de la calle no tiene nada que ver con el modo feminista de hacer política y de hacer historia. Pero más aún, queda demostrado que la política ya se está haciendo en otros territorios, que tienen la fuerza para producir un espacio doméstico no patriarcal.

En el capítulo cuatro, Gago hace un análisis dentro del marco de la economía feminista para pensar la explotación y la extracción. Para esto considera importante focalizar en el *diferencial* de explotación de los cuerpos feminizados. La pregunta que hace brillar la economía feminista es por qué el ocultamiento de la reproducción es la clave de los procesos de valorización en términos capitalistas. Siguiendo los análisis de Silvia Federici, Nancy Fraser y Wendy Brown, la autora lee críticamente a Marx y detecta las lagunas, moradas y grutas que él dejó impensadas ya que su lectura del capital como relación social privilegia el análisis de la producción, pero no de la producción de la producción (o reproducción).

Si Marx discute con las teorías neoclásicas para desfeticizar la esfera de la circulación, las feministas excavan más hondo y desfeticizan la esfera de la producción. Llegan así al subsuelo de la reproducción. Desde ahí abajo, se ven todos los estratos que hacen posible finalmente lo que llamamos modo de producción capitalista. Así, la economía feminista inaugura una verdadera perspectiva "desde abajo" (p. 122).

Esta perspectiva reconoce en esa diversidad de experiencias de explotación y extracción de valor la necesidad de una nueva modalidad organizativa que no cabe en la hipótesis que universalizaba al partido. Como mencioné al principio, y como Gago explica a lo largo del libro, el movimiento feminista se encarga de desplazar aquellos límites impuestos por la lucha de clases, los partidos políticos o los sindicatos. Los feminismos ponen de relieve la articulación de las finanzas con las economías populares, de la deuda y el consumo, y éstas con los subsidios estatales provenientes de la renta extraordinaria de los commodities y las violencias machistas, estamos conectando el mapa que intersecta explotación de una clase obrera que ya no es exclusivamente asalariada con una modalidad extractiva que no sólo se aplica a los llamados recursos naturales y que redimensiona la noción misma de "territorio" y "frontera" de valorización. Pero aún más: que es una lectura feminista de estas dinámicas la que logra visibilizar el tipo de guerra que el capital arremete contra determinados cuerpos-territorios. Con a Saskia Sassen, Gago finaliza el capítulo afirmando que este *extractivismo ampliado* refiere entonces a una modalidad que funciona sobre distintos "territorios" (virtuales, genéticos, naturales, sociales, urbanos, rurales, de producción y de consumo) y las finanzas concentran su operatoria en esa heterogeneidad, redefiniendo la noción misma de territorio como unidad soberana.

En el quinto capítulo Gago focaliza en la asamblea como dispositivo situado de inteligencia colectiva y presenta algunas hipótesis que se desprenden de esta idea. La primera es que la asamblea es el lugar donde se cocina el paro como proceso político y donde se realiza un diagnóstico feminista de la crisis. A su vez, la asamblea es ese espacio concreto donde las palabras no pueden despegarse del cuerpo y donde se compone una forma de hacer política que desplaza la clásica alternativa reforma o revolución. Al haber una simultaneidad de temporalidades, la disyunción deja de funcionar. Gago remarca esta temporalidad porque en la medida en que es simultánea y no secuencial-progresiva permite una crítica al neoliberalismo. La investigadora afirma que pensar las asambleas como estructuración móvil de un proceso político protagonizado por una

multiplicidad de subjetividades que atraviesan conflictos también permite una composición que no es solamente identitaria. Vincular la cuestión identitaria a la conflictividad, en todo caso permite otro desplazamiento interesante: evitar el ensamble entre ciertas políticas identitarias que cultivan sólo una enunciación victimista y, por tanto, una escala de padecimientos.

El capítulo seis resalta el carácter internacionalista del feminismo. Gago resalta que este movimiento está arraigado y territorializado en luchas específicas y desde ahí produce enlaces. Esas conexiones desarman la geometría nacional-estatal y también deconstruyen los encuadres de la noción abstracta de clase (donde se supone que hay intereses objetivos compartidos) o de pueblo (donde se supone que hay una amalgama de afectividad nacional homogénea). La autora sostiene que hay dos puntos a considerar de este internacionalismo. Primero, la capacidad de combinar escalas bien diversas y, segundo, su habilidad para producir ubicuidad sin homogeneidad. Esto es: de estar en todos lados, con múltiples expresiones, sin necesidad de coherentizarse bajo algún mando ideológico o a las órdenes de alguna estructura de autoridad jerárquica.

La novedad que destaca Gago en la internacional feminista es el desplazamiento desde la solidaridad a la interseccionalidad. Antes la solidaridad era el arma contra la división permanente que el capital ejercía sobre los trabajadores. Sin embargo, esta unidad de los trabajadores se vuelve un problema cuando el capital necesita producir y explotar la "diferencia". Gago reconoce entonces que hay un modo de la solidaridad que no apela a la semejanza sino a la diferencia. El problema que nos pone el internacionalismo es pensar qué produce conexión entre trayectorias, experiencias y luchas que se despliegan en lugares distintos. La noción de interseccionalidad que se discute en el feminismo nos sirve para pensar ese trazado capaz de funcionar como lógica de conexión que mapea, a contrapelo, el modo global de aterrizaje del capital a partir de la imbricación de opresiones.

En el séptimo capítulo, la autora explicita este llamado al orden desde el conservadurismo. Afirma que la feroz contraofensiva desatada hacia los feminismos nos da una lectura a contrapelo, en reversa, de la fuerza de

insubordinación que se ha percibido como ya aconteciendo y a la vez con posibilidad de radicalización. Gago propone repasar las distintas contraofensivas para entender lo que se percibe como "amenaza" y así comprender la construcción del feminismo como nuevo "enemigo interno" o como espectro al que distintos poderes se proponen conjurar.

Destaca principalmente tres contraofensivas: la eclesial, la moral y económica y la militar. Dentro de éstas, Gago remarca la conexión entre la ideología de género y una "antropología individualista del neoliberalismo radical". Expone cómo desde la contraofensiva se intenta asociar a quienes reivindican el género como liberales, miembros de elite, para contraponerlos a las clases trabajadoras, "víctimas de la globalización", que defiende la iglesia. Esta insiste que el antineoliberalismo solo puede venir de la mano de una conservación de los "valores familiares" y la disciplina del trabajo. Sin dudas lo que se pone en juego es una definición de neoliberalismo y antineoliberalismo. En la actualidad, desde el fascismo se intenta estabilizar la continua crisis de legitimidad política que sufre el neoliberalismo, sin embargo, el movimiento feminista es el principal agente desestabilizador. Con una política de masas radical, trama alianzas insólitas que ponen en práctica su carácter anticapitalista, anticolonial y antipatriarcal.

Finalmente, en el último capítulo, Gago se pregunta por la novedad de las formas políticas que inaugura el movimiento feminista y responde a eso con ocho tesis que resumen lo que ha presentado anteriormente en los capítulos. Destaca el mapeo de las nuevas formas de explotación de los cuerpos-territorios, reconoce una nueva comprensión de la violencia, remarca la masividad y la radicalidad fruto de la transversalidad, resalta la novedad en su crítica a la economía política, distingue el poder de las asambleas para desarmar el binarismo reforma/revolución, enfatiza en el internacionalismo, insiste en cómo la fuerza transnacional feminista se organiza como contraofensiva y hace especial hincapié en la manera en que el feminismo actual confronta la financierización de la vida.

Con todo, es posible reafirmar la intensidad y profundidad que tiene este libro para comprender un movimiento que excede sus límites para construir desde la indeterminación. A partir de una investigación militante, con fuerte presencia en

asambleas y poniéndole el cuerpo al paro, Verónica Gago ha podido conjugar las distintas dimensiones de los feminismos y explicarlas en un texto que expone la manera en que hoy se construye una teoría alternativa del poder. Sin duda, dar cuenta de este proceso requiere una batería nueva de ideas y visitar aquellas usadas hasta el cansancio. En el marco del estudio de los movimientos sociales es necesario que nos nutramos de aquellas investigaciones que no se reducen a dicotomías jerarquizantes, sino que proponen una cartografía dinámica que cuestione binarismos y determinismos. *La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo* mapea las conexiones y las actualizaciones de claves de comprensión que producen los feminismos y, desde este lugar, renueva la crítica al neoliberalismo. Promueve el análisis minucioso, pero a la vez nos convoca, desde la calle o la asamblea, a seguir gritando basta y acelerar el proceso de cambiarlo todo.